

He elegido como tema de esta charla " La Educación como problema nacional " , porque, en verdad, creo que en la raíz de todos nuestros males y como parte de nuestro subdesarrollo existe un gran componente educacional, o más exactamente, subeducacional. No pretendo decir que mejorando la educación vayamos a solucionar nuestros problemas, pero sí, que si eleváramos mágicamente el nivel cultural y de instrucción de nuestro pueblo y proveyéramos de un momento a otro al país, de los educadores, de los técnicos, de los obreros, de los profesores que necesita para realizar su desarrollo y mantener un alto nivel educativo, muchos de aquellos asuntos se harían menos graves y podríamos mirar el porvenir con más confianza.

Nuestra educación, calcada sobre moldes y conceptos del siglo pasado, no ha evolucionado ni en calidad, ni en cantidad, ni en variedad, y hoy día es incapaz de satisfacer las necesidades presentes. Con mayor razón será incapaz de satisfacer las que el futuro inmediato nos está haciendo evidentes.

En efecto, para nadie es un misterio que en Chile

faltan locales escolares, que muchos de los que existen son deficientes, y que año a año un alto contingente de niños se queda sin recibir educación por esta causa. Que la capacidad de los liceos es absolutamente insuficiente para atender el número de postulantes, a pesar de que se multiplican los cursos, se crean nuevos liceos y se hacen dos turnos escolares en el día. Todo el mundo sabe que una alta proporción de egresados de humanidades fracasa en el bachillerato y que no todos los bachilleres logran ingresar a las universidades. Que las escuelas técnicas, industriales, vocacionales o profesionales son absolutamente insuficientes y tienen que rechazar año a año miles de candidatos.

Por otro lado, todos los días la prensa comenta el daño que está haciendo al país, a su progreso y a sus planes de industrialización la falta de ingenieros, de técnicos, de médicos y enfermeras, de agrónomos, de maestros y de profesores.

Resulta así el hecho curioso y paradójico de que teniendo una juventud deseosa de estudiar y necesitando gente capacitada en todos los niveles y todos los oficios, el país no tenga como instruirlos, y de esta manera desperdicie un enorme caudal de capacidades y limite sus propias posibilidades de expansión, daño que se hace a la

Juventud al no darle la oportunidad de realizar sus ansias de cultura.

¿ A qué se debe este fenómeno? ¿ Por qué las escuelas y liceos que hace 20 años eran suficientes, y quién sabe si sobraban, hoy se hacen pocos? ¿ Por qué tanta gente para la cual la instrucción no contaba, hoy desea aprender y capacitarse?

El fenómeno tiene causas sociales, económicas, históricas.

En nuestro país, desde luego, el crecimiento de la población. Recuerden Uds. que los chilenos aumentamos nuestro número en un 3% anual, esto es, cada año hay 200.000 niños más que enseñar. Piensen enseguida que en los últimos 20 años la mortalidad infantil ha disminuído considerablemente y por lo tanto más niños llegan a la edad escolar. Enseguida, hay, indudablemente, un relativo mayor bienestar en un más amplio sector de la población y, por lo tanto, más niños que pueden ir a la escuela o que pueden prolongar sus estudios por más años; hay, por último, el cambio en las necesidades, en los requisitos de instrucción de los ciudadanos, que los obliga a prepararse mejor.

Este punto es muy importante y merece una explicación.

Durante muchos siglos el hombre no necesitó mayor instrucción : en la antigüedad, en la Edad Media, y aun después, se podía llegar a todas las dignidades y a todas las funciones sin saber leer ni escribir. La Reforma, primero, al estimular la lectura de la Biblia como un camino hacia Dios, estimuló la instrucción en los países protestantes; la industrialización, después, al exigir mayor capacidad de los individuos que manejaaban máquinas, dió un mayor impulso a este progreso. Pero, con todo, hasta comienzos de este siglo el analfabetismo era todavía alto y la escolaridad baja, aún en países como Francia, Inglaterra o Alemania; las estadísticas europeas de aquellos años corresponden aproximadamente a las actuales de nuestra América.

Hasta hace poco, la gran ocupación en todos los países era la agricultura : 80 o 90% de la población era absorbida por ella, un 5 a 10% trabajaba en la industria, y el resto constituía el grupo de los empleados, de los profesionales, de los servicios públicos, etc. etc.

Para trabajar como gañán no se necesita, como Uds. saben, mucha educación, y por lo tanto, no había acicate para que ese grupo, numéricamente mayoritario, realizara estudios que no iban a significar mucho en su vida.

Con la industrialización, la mecanización y tecnificación de la agricultura que ha disminuído la demanda de brazos en el campo, y el aumento del grupo terciario, formado por los empleados, los profesionales y los servidores públicos, la distribución de los individuos ha cambiado totalmente.

En Francia se calcula que en 1970, es decir, en 6 años más, sólo un 15% de la población va a trabajar en la agricultura; en los Estados Unidos, un 10%. La industria, en Francia, absorbe un 40% de la población, en los Estados Unidos un 30%. El sector terciario (empleados, industriales, técnicos, comerciantes, etc.) que en 1900, como hé dicho, no constituía más del 2 al 5% de la población, hoy día va alcanzando al 50%. En Chile mismo, estadísticas de 1960 revelan que sólo un 31% de la población activa trabaja en la agricultura, la selvicultura o la pesca; un 25% trabaja en industrias manufactureras o de la construcción, y un 40% en las actividades del grupo terciario. Esto se aprecia también a través del desplazamiento que ha sufrido nuestra población : a comienzos del siglo, 80% de la población era rural. En 1945, de los 5 millones que éramos, casi 3 millones, es decir, el 55%, trabajaba en el campo. Hoy, el 70% de la población chilena, es decir, más de 5 millones de personas vive en la ciudad, y sólo el 30% trabaja en la agricultura.

Desde el punto de vista de la educación esto significa que, mientras antes un 80 o 90% de la población no precisaba mayores conocimientos para ganarse la vida, porque eran trabajadores manuales, en la agricultura, la industria, las obras públicas o el servicio doméstico, hoy por lo menos un 70% necesita tener instrucción para poder desempeñarse en la fábrica, en el empleo, manejando un camión o una locomotora, o aun, para marcar el teléfono y anotar un recado en el servicio doméstico; y un 10 a 20% debe realizar estudios superiores para atender la demanda creciente de cerebros que un país industrializado o en vías de industrializarse necesita.

Todas estas razones, pues, explican el tremendo cambio que se ha producido después de la guerra, en materia de instrucción, en todos los países. Cambio que es como una marea que inunda y avasalla la organización educacional existente y que crea problemas que mueven a todos los gobiernos a afrontarlos con energía, decisión y audacia.

Casi todos los países de Europa, incluyendo a Rusia, tienen hoy día escolaridad obligatoria hasta los 16 o 18 años. Inglaterra, Francia, Alemania, Suecia, Holanda, la han fijado en 16 años; lo mismo Estados Unidos;

Rusia exige 11 años de instrucción obligatoria, es decir, hasta los 17 años por lo menos.

En Francia los niños hasta 6 años que frecuentaban las escuelas eran en 1925 400.000; en 1950 fueron 1.140.000; hoy suben de 1.500.000; un 100% de los niños estudia hasta los 15 años y un 50% hasta los 18. Los estudiantes universitarios eran en Francia 135.000 en 1945, en 1960 fueron 240.000; hoy son más de 300.000.

Inglaterra ha tenido que crear después de la guerra 7 nuevas universidades y proyecta crear otras tantas e incrementar el tamaño de las existentes. En 1939 habían 50.000 estudiantes universitarios; hoy tiene 170.000. Alemania está también creando nuevas universidades y colegios técnicos superiores y remodelando sus universidades tradicionales. Inglaterra y Francia han tenido que introducir profundos cambios en su sistema educacional para adaptarlo a las necesidades actuales.

La educación primaria ha sufrido pocas modificaciones, pero la secundaria, la intermedia y la superior han sufrido profundas alteraciones. No voy a detallarlas, pero en ambos países se ha comprendido que el colegio secundario único (nuestro liceo) ya no sirve y que es necesario diversificarlo. Se ha comprendido también que es necesario seleccionar a los alumnos y ayudarlos a

orientarse a lo largo de sus estudios hacia aquellos campos que convengan mejor a sus vocaciones e intereses, de manera que no se agolpen todos en aquellos que brillen más, pero para los cuales no siempre están capacitados. Ha aparecido la enseñanza intermedia, destinada a proporcionar carreras cortas, en que el conocimiento práctico de las profesiones prima sobre el conocimiento científico que es la característica de las profesiones propiamente universitarias.

Si cambios tan radicales han sido realizados con tanta celeridad, imaginación y audacia por los países europeos o aun por Norteamérica que nos lleva tantos años de ventaja en materia educacional, cabe preguntarse cuales necesitarán los nuestros que presentan un atraso evolutivo increíble en su sistema educacional, que fue copiado de las ideas europeas de fines del siglo pasado y se quedó congelado en aquellos moldes. Y las necesidades de cambio son más imperiosas aun, si cabe, entre nosotros, porque estamos tratando de desarrollar nuestro país y de recuperar años de atraso industrial y económico.

Hoy no es suficiente saber leer y escribir o haber cursado la educación elemental. El mundo mecanizado en que vivimos, el mundo complejo y dinámico en que nos toca actuar, el mundo competitivo en que tenemos que ganar-

nos la vida obliga a saber más, a conocer cada día mejor un oficio, trabajo o profesión, si no se desea pasar a formar parte del triste grupo de los etcéteras, sin destino ni valor.

Sin educación no hay progreso ni desarrollo, porque vanos serán los esfuerzos que puedan hacerse para impulsar, industrializar y desarrollar un país o una región, si no hay los científicos que estudien sus posibilidades, los ingenieros que planeen el desarrollo, los empresarios que creen las industrias, los técnicos que las hagan caminar, los maestros y obreros capaces de manejar, conservar y hacer rendir la maquinaria. Y si no hay los médicos que cuiden la salud de la población, los arquitectos que construyan sus habitaciones, los higienistas que mejoren el ambiente, los maestros que realicen, en escuelas y liceos, una enseñanza adecuada a los tiempos y a las necesidades y los científicos y profesionales que ocupen las cátedras, departamentos e institutos de universidades y laboratorios.

La juventud de hoy ha comprendido este desafío y por eso busca la manera de educarse cada vez más, y los gobiernos, interpretando este anhelo tan sano y conveniente para su futuro, no sólo proporcionan a esta juventud la manera de que lo logre sino que la estimulan y favorecen, porque saben que de su potencial humano depende su potencial económico; de la prepara-

ción y cultura de sus hombres, su independencia y su pervivencia.

Educación ha pasado a ser así sinónimo de desarrollo y de progreso. Subeducación ha pasado a ser sinónimo de subdesarrollo y colonlaje.

Hace un año tuve la oportunidad de volver al cercano Oriente, a Tierra Santa; todavía tenía en mi memoria la imagen de aquellas serranías y planicies pedregosas y secas, en que sólo subsistían las cabras cuidadas por pastores famélicos, entre espinos débiles y raquíticos; la pobreza de las aldeas color de tierra; el desaseo y el desorden; la visión de miseria y abandono.

Tuve, esta vez, la sensación de llegar a un país que jamás había visitado : en donde antes había sequedad y desierto, había ahora pastizales y huertos frutales; en donde antes sólo pastaban las cabras, había ahora abundante ganado; en donde antes había árboles raquíticos, había ahora bosques umbrosos; en donde antes había aldeas pobres y descuidadas, había ahora pueblos limpios, con casas acomodadas y jardines floreados; en donde había desierto, hoy había agricultura; en donde había apatía e ignorancia, había hoy un pueblo entusiasta, pujante y próspero, aunque sobrio

y modesto. Aquella tierra que no exportaba ni importaba, porque nada producía y nada consumía, hoy aparecía exportando activamente a todo el mundo los productos de su agricultura, de su industria ... y de su educación.

¿Cuál fue la causa de ese milagro? : El hombre israelí con su cultura y su esfuerzo, con su saber y su laboriosidad. Podrá decirse que el estado judío ha recibido ingentes sumas del sionismo mundial para industrializar y desarrollar su país. Indudablemente; pero esas sumas habrían desaparecido como el agua en el desierto, si no las hubieran distribuido hombres cultos que sabían lo que necesitaban y lo que querían, si no hubiera habido científicos que estudiaron las posibilidades del país y la manera de explotar sus recursos, si no hubiera habido técnicos que instalaron las industrias y las hicieron producir, si no hubiera habido agrónomos y agricultores que enseñaron como trabajar la tierra y si toda la población inmigrante no hubiera tenido una instrucción básica y una cultura suficiente para entender lo que se les decía y lo que se les enseñaba y cumplirlo bien e inteligentemente, aunque antes habían sido sastres, joyeros, empleados o comerciantes.

Son el hombre y su cultura los que han hecho el milagro israelí. No los miles de dólares que allí se han gastado

En otras partes se ha gastado más y el resultado ha sido distinto ... porque la educación no había preparado al hombre para la tarea.

Igual cosa podría decirse, aun cuando los casos no son tan espectaculares, de Francia, Alemania, Italia, la Rusia Soviética, cuya expansión industrial sin precedentes, ha sido posible gracias a que la educación se ha adelantado a preparar a miles de hombres en todas las actividades y en todos los niveles.

¿ Qué pasa, mientras tanto, en nuestra América, qué pasa en nuestro Chile ?

Oigamos, a este respecto, lo que hace algunos días nos dijo don Alberto Baltra, Profesor de la Universidad de Concepción, en una conferencia sobre el desarrollo económico de América Latina :

" El crecimiento demográfico de América Latina es el más alto del mundo. La población está aumentando a razón de casi un 3% al año. En 1900 éramos 63 millones. Ahora somos 220 millones. En 1975 seremos casi 300 millones, o sea, tendremos más habitantes que Estados Unidos o la Unión Soviética.

En los años que siguieron al término de la segunda guerra, el producto per cápita aumentó en 3,2% anual. Pero, en el período 1955-60 este ritmo cayó al 1%. Esta enorme baja acusa la incapacidad de las sociedades latino-americanas para hacer crecer sus economías. En 1962, el problema tocó su punto crítico, que señala la gravedad de la situación y explica el convulsionado panorama social de América Latina: el producto per cápita no aumentó. La economía está creciendo en la misma medida que lo hace la población; en consecuencia, no queda margen para mejorar el standard de vida del hombre común. El porvenir no puede ser más inquietante. La pasmosa lentitud del desarrollo económico latino-americano destaca aun más si se compara con el crecimiento de otras regiones del mundo. En Europa occidental, en el mismo período, el producto per cápita aumentó en 3,7% al año; en Japón, 8,3%; en Europa del Este la tasa más baja fué la de Hungría con 5,3%.

El informe que la CEPAL elaboró con ocasión de la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo que se está celebrando en Ginebra dice: " El pronóstico para los próximos años, si no se introducen hondas y oportunas rectificaciones, es evidentemente desolador. Para fines de la presente década el déficit de recursos externos ten

drá proporciones incompatibles no sólo con un desarrollo a tasas aceptables sino hasta con el mantenimiento de la vida económica y social en condiciones de normalidad y orden ”.

” El carácter explosivo del problema deriva del escaso monto del ingreso latino-americano per cápita, que es sólo de 370 dólares. No es inútil insistir en que este es un promedio. De ninguna manera significa que cada latino-americano reciba 370 dólares al año. Algunos reciben mucho más; otros, mucho menos. Alrededor de 110 millones de los 220 millones de habitantes, tienen un ingreso que apenas alcanza a 120 dólares por año. Es decir, la mitad de los latino-americanos no disponen sino de 10 dólares al mes. Hay que meditar sobre esta cifra: 110 millones de personas viven o, más bien, sobreviven con sólo un escudo al día. Así se explica que 11 millones de latino-americanos disfruten del 30% de todos los bienes de consumo disponibles mientras que, en el otro extremo, 110 millones consumen únicamente un 20% de esos mismos bienes.”

” El problema se revela más gráficamente con ayuda de ciertos indicadores específicos.”

" Por ejemplo: los niveles alimenticios latino-americanos son inferiores a los de las regiones o países económicamente desarrollados y esta inferioridad se refiere tanto al monto de las calorías consumidas como a la composición cualitativa de la alimentación. Como promedio, en América Latina cada persona ingiere diariamente 2.450 calorías. En Europa, 3.000; en América del Norte, 3.100, y en Oceanía, 3.250. Sólo podemos compararnos con Oriente y Africa. Por cierto, en cada país existen amplios sectores que están por debajo del promedio. En una muestra de 277 familias chilenas de las clases media y popular, el 37% de ellas recibe menos de 2.000 calorías diarias. Análogas conclusiones se deducen al analizar la calidad de la alimentación. La cantidad de proteínas y grasas consumidas por los habitantes de América Latina es inferior a los niveles que prevalecen en las naciones avanzadas. En promedio, cada latino-americano consume diariamente 67 gramos de proteínas. En Europa, 88 gramos; en América del Norte, 93 y en Oceanía, 94. Cosa parecida ocurre con las sustancias grasas. El consumo diario per cápita es de 61 gramos en América Latina. En América del Norte, 142 gramos; en Oceanía, 137 y en Europa, 94. "

" No es mejor la situación habitacional; el problema de la vivienda es pavoroso. El déficit latino-americaca

no de habitaciones se calcula en un 64% de las existentes, lo que equivale, más o menos, a 20 millones de viviendas. En cuanto a la calidad de las habitaciones ya disponibles, sólo el 50% de ellas se ajusta al tipo de vivienda permanente definido por las Naciones Unidas; lo común es la vivienda improvisada, insuficientemente provista de servicios higiénicos y que aloja a un número excesivo de personas, hacinadas en la más horrible promiscuidad. Estas características son más acentuadas en las zonas rurales pero, por su parte, en las grandes áreas metropolitanas se ha ido agudizando el serio problema de dar techo a millones de personas que, desde el campo, llegan a las ciudades en busca de empleo. Han nacido, así, las poblaciones "callampas", que en otros países llaman "favelas", "ranchos", "villas miseria", etc. Se estima que 5 millones de latino-americanos viven en estas condiciones marginales. La situación habitacional influye adversamente en la integración social y política de los pueblos y contribuye a la disgregación familiar, al desarrollo de la delincuencia y de los altos índices de mortalidad. Las precarias condiciones de vida descritas hacen que, en América Latina, la esperanza de vida al nacer sea inferior a la de otros países. En México, el que nace tiene la esperanza de vivir 37 años. En Chile, 49 y en Uruguay, 64. En Estados Unidos,

la esperanza de vida del blanco es de 64 años."

" Los déficits educacionales no son menos aterradores. En América Latina es frecuente encontrar índices de 40, 60 y hasta 90% de analfabetos. Se estima en 50 millones el número de adultos que no sabe leer ni escribir. Todavía tenemos algo así como 6 millones de niños que no reciben la instrucción básica mínima y de los matriculados en las escuelas primarias sólo un cuarto cumple todo el ciclo. Por esta causa, una proporción altísima de la población latino-americana es analfabeta total o semi-analfabeta. Más o menos el 50% de la población infantil en edad de educarse carece de la posibilidad de hacerlo. La deserción escolar es muy elevada, como que la asistencia media a la escuela es sólo de un año. La situación es igualmente mala tratándose de las enseñanzas media y superior, con la agravante de que, en muchos países, ambas clases de educación no están al alcance de los sectores humildes. Tampoco satisfacen las necesidades peculiares de pueblos en vías de desarrollo. Por ejemplo, en Brasil, de cada 100.000 habitantes, sólo 98 tienen la oportunidad de matricularse para cursar estudios superiores. En Chile, 290; en Argentina y Uruguay, 480; en Estados Unidos de cada 100.000 habitantes, 1.500 se matriculan en la universidad; en Francia, 500, etc.

" Las graves fallas de la educación latino-americana ocasionan un cuatioso despilfarro del más escaso y valioso de todos los recursos, cual es el talento de los hombres. El desarrollo económico supone una educación diversificada y amplia, directa y útil, que abra oportunidades al cultivo de todas las aptitudes y al aprovechamiento de todas las inteligencias. La capacitación del personal, de los cuadros especializados, de la mano de obra debidamente preparada, constituye factor básico del desarrollo de la economía. La educación debe poseer la plasticidad adecuada para adaptarse, sin tardanza ni tropiezos, a los rápidos cambios de una nueva sociedad, que emerge en un mundo que se torna cada vez más complejo por obra de los portentosos avances de la ciencia y la técnica, que plantean inesperados problemas al hombre, la familia, los grupos y las sociedades. "

"El papel de la educación es activar, promover y orientar el cambio. La educación puesta al alcance de todos ha dejado de ser una aspiración social para convertirse en una imperiosa necesidad impuesta por el desarrollo económico."

" La economía no puede crecer si carece de profesionales y técnicos en cantidad suficiente y de una mano de

obra educada, o sea, con enseñanza completa, que es requisito indispensable para adquirir y dominar las técnicas de los modernos métodos de producción. La tecnología contemporánea no puede asimilarse por un pueblo analfabeto o semi-analfabeto. En materia industrial, por ejemplo, se calcula que por cada 1% de aumento de la producción, se necesita que los técnicos de todas las categorías aumenten en 4%."

"Según dijimos, el analfabetismo es una de las grandes plagas regionales. Faltan 200 mil escuelas y 500 mil maestros de primeras letras. Estados Unidos dedica a educación 97 dólares por habitante. La Unión Soviética, 138. En América Latina el gasto es muy inferior. Bolivia gasta en educación un dólar por habitante. Venezuela, 39; Chile, 10."

" El panorama cultural se oscurece todavía más si se considera que, en los próximos 25 años, deben incorporarse a la población activa de América Latina, algo así como 90 millones de personas. De esta cantidad, 25 millones vendrán a reemplazar a los que fallecen o se retiran del trabajo, pero 65 millones son cerebros y brazos adicionales que la actividad económica deberá absorber ofreciéndoles empleo. El esfuerzo edu-

cacional deberá ser gigantesco. Es una tarea formidable. De la capacidad para cumplirla satisfactoriamente va a depender, en parte principalísima, el porvenir de nuestros pueblos. En un futuro cercano, la ausencia de adecuada preparación técnica puede ser uno de los más serios obstáculos que encuentre el crecimiento económico de América Latina. La Unesco anota que " en los decenios que están por venir, el influjo desmesurado de una mano de obra no calificada puede crear problemas de magnitud sin precedentes en América Latina".

El cuadro, como Uds. ven, resulta desolador; desolador e inquietante, porque no puede haber tranquilidad social en un país o en un continente cuando las estructuras sociales están frenando el desarrollo económico, cuando la educación, el bienestar, la cultura, la riqueza, las oportunidades, sólo son el patrimonio o están al alcance de una minoría. Cuando la educación no está a la altura de las necesidades del país, ni ayuda a su desarrollo.

Veamos ahora, a través de unos pocos datos, lo que pasa en Chile en materia de educación:

La población chilena era en 1960 de 7.374.115 personas; hoy somos unos 8 millones, porque, como dijimos, aumentamos en poco más de 200.000 al año. De estos 8.000.000, unos 4.600.000 tienen más de 15 años de edad, y de éstos, aproximadamente 800.000, es decir, el 17%, son analfabetos. Hay 2 millones de niños en edad escolar, es decir, entre los 5 y los 15 años; de ellos sólo 1.250.000, es decir, 62%, va a la escuela; 750.000 no reciben instrucción, porque no caben en las escuelas existentes, porque sus padres no los mandan por ignorancia o pereza, o porque son muy pobres y deben de trabajar para ayudar al sustento familiar.

Como dije, según el censo de 1960, de 2 millones de niños en edad escolar, 1.250.000 van a la escuela primaria. De 750.000 en edad entre los 15 y 19 años, 180.000 cursan educación secundaria, y de una población de 900.000 entre la edad de 18 y 25 años, 230.000, es decir, 25%, cursa estudios superiores.

Estas cifras nos revelan varios hechos realmente desoladores:

Que hay una alta proporción de niños que no van a la escuela;

que hay una altísima proporción que tiene una escolaridad de apenas 1 a 3 años, y

que no más de un 20% completan sus estudios primarios.

De un total de 724.000 muchachos entre 15 y 19 años, sólo estudian 240.000; de ellos, 60.000 son atrasados que siguen pegados en la escuela primaria, y sólo 180.000 siguen normalmente en el nivel secundario.

Es importante recalcar la cifra de 724.000 muchachos chilenos en edad de estudiar en la escuela secundaria, sólo lo hacen 180.000, es decir, menos del 25%. Veamos ahora como se reparten estos estudiantes : son 180.000: 127.000 van a los liceos; 17.000 van a los institutos comerciales; 13.000 a las escuelas técnicas o vocacionales; 10.000 solamente a las escuelas industriales, otros 10.000 a las escuelas de prácticos agrícolas y 3.000 a otros establecimientos.

Quien conozca las necesidades del país comprenderá que esta distribución está muy lejos de satisfacerlas. Pero lo grave es que ella no se debe tanto a la inclinación natural de los estudiantes, como a la falta de escuelas en los ramos industrial, agrícola, vocacional o técnico. En cuanto a los estudios

superiores, es interesante destacar que, según este mismo censo, de 874.000 jóvenes entre los 18 y los 24 años, sólo 22.000 realizan estudios universitarios; esto significa dos y medio por cada 100.

Como es probable que Uds., confundidos por los números, no hayan captado un panorama operativo, diríamos, de las cifras que he señalado, permítanme que les presente el asunto en otra forma:

De cada 100 niños chilenos, 16 se quedan sin educación. De los 84 que van a la escuela, 40 la abandonan antes del tercer año y sólo 20 completan la escuela primaria. 12 de ellos van a seguir estudiando: las tres cuartas partes, es decir, 9, en el liceo, y el otro cuarto, en alguna escuela comercial, vocacional, industrial o técnica. De los 9 que ingresaron al liceo, 4 van a abandonar los estudios antes del cuarto año y sólo 3 van a obtener su licencia secundaria. Un poco más de 2 la van a obtener y van a ingresar a la universidad.- De los 3 que ingresaron a las otras escuelas, sólo 2 van a completar sus estudios. De los bachilleres, ahora, que logren ingresar a la universidad, - aquellos 2, como dijimos, 2 de cada 100 niños chilenos de la generación que estamos estudiando- sólo 1 va a titularse.

Esto significa que de los 100 niños de que estamos hablando, 80 quedarán analfabetos o no completarán su educación y, sin mayor aprendizaje saldrán a tr bajar.- ¿ En qué?.- La enorme mayoría como obreros no calificados o gañanes.- 15 van a terminar sus estudios primarios o a estudiar algunos años secundarios, pero sin recibirse, e irán a incorporarse a la enorme falanxe de los empleados en el comercio o en las oficinas públicas, de los choferes, pequeños comerciantes, intermediarios o vendedores, etc. según las oportunidades, la audacia o el ingenio de que los haya dotado la naturaleza. En todo caso gana rán poco porque no tienen preparación alguna para el trabajo, ni cultura, y van a constituir la burocracia torpe y lenta que puebla nuestra administración pública, triste, gris, y cuya única preocupación es obtener bonificaciones y aumentos de sueldos.

Pero entre el abandono de los estudios y el empleo hay meses y años de vagancia, de ocio destructor, de amargura y de dolor: son los coléricos, son los delincuentes juveniles, son los que aprovechan cualquier desorden o cualquiera ocasión para ganar algo o satisfacer su resentimiento ...

En el mejor de los casos, en consecuencia, 5 de cada 100 niños chilenos completan algún ciclo de su educación; 1 como profesional universitario, los 4 restantes, como egresados de alguna escuela técnica profesional, agrícola, o aun, de las fuerzas armadas.

Porque nuestra educación no está bien planeada; porque nuestra educación no dispone de los medios; porque nuestras escuelas son pocas y de cabida limitada; porque hay escasez de profesores, etc. etc., en resumen, por nuestra mala organización educacional el 90% de los niños chilenos están condenados al proletariado cultural.

La gran mayoría son mano de obra barata, a la cual sólo se puede confiar trabajos primarios. Los mejores dotados prosperarán o formarán en la fila de la clase media, pero su baja cultura gravitará sobre ésta, hacia el inconformismo y la mediocridad.

Demás está decir que este panorama está lejos de satisfacer las tremendas necesidades del país, cuando no está poniendo vallias al ferviente deseo de instrucción y a la capacidad de nuestra juventud.

A modo de comparación, vale la pena colocar el cuadro que he esbozado frente a lo que sucede en Inglaterra, por ejemplo:

Aquí no hay casi educación parvularia; en Inglaterra 2% de los niños va a las escuelas de párvulos entre los 2 y 5 años.

Aquí un 20% de los niños no va jamás a la escuela y un 20% sólo termina la primaria. En Inglaterra el 100% de los niños estudia hasta los 15 años.

Aquí un 20% de los niños sigue estudios secundarios, un 4% los termina y un 2% entre a la Universidad u otro tipo de estudios superiores. Allí 43 niños de cada 100 prosigue sus estudios en escuelas secundarias de carácter técnico, comercial, agrícola, humanístico o general hasta los 18 a 20 años, y 8 o 10 siguen posteriormente estudios superiores, en escuelas técnicas, en colegios pedagógicos o en universidades.

Estos defectos en la cantidad de los establecimientos educacionales se acompaña también de graves defectos en la calidad de nuestra enseñanza. Desde luego, la división actual entre primaria, secundaria, especial y superior, no satisface a las necesidades de hoy.

La primera debería modernizarse en sus métodos y en su contenido, eliminar temas superfluos e incorporar otros que son indispensables para el hombre moderno, y que hoy están descuidados, como es el caso, por ejemplo, de las matemáticas. Debería prolongarse para que constituyera un ciclo formativo básico, de unos 9 años de duración obligatorio para todos los chilenos.

La enseñanza secundaria debería acortarse, mejorarse en sus programas y métodos, hoy harto deficientes, de tal manera que hubiera por lo menos 4 o 5 variedades de igual categoría y atracción: el liceo humanista, el liceo técnico, el liceo comercial, el liceo agrícola. El primero para los que deseen seguir a la universidad; el segundo para aquellos que deseen una formación rápida en una carrera técnica y para aquellos que aspiren después a las profesiones de tipo técnico, como la ingeniería. El tercero, para quienes deseen formación como agricultores, o que posteriormente piensen en la agronomía, y el comercial, para aquellos que se orienten hacia el comercio, los negocios o la profesión de empleados. Es probable que a éstos hubiera que agregar otro, en que la enseñanza se orientara hacia oficios variados y cuyo objetivo podría ser suministrar a los jóvenes un carnet de competencia profesional.

Hace falta crear un nivel de enseñanza intermedia que forme al profesional que ocupe el escalón entre el "maestro" y el universitario. El progreso ha hecho evidente la necesidad de un profesional que sobre la base de una buena preparación científica tenga un mayor conocimiento práctico. El profesional universitario sabe más ciencia, si se quiere, más teoría; el técnico debe saber menos ciencia, pero conocer mejor el manejo de las máquinas o los procedimientos. Se calcula que por cada profesional de nivel superior se necesitan 4 o 5 de nivel intermedio; por cada ingeniero debe haber 4 o 5 técnicos mecánicos, químicos o eléctricos; por cada médico debe haber 5 o 6 enfermeras, técnicos sanitarios, etc.; por cada ingeniero agrónomo debería haber 5 o 6 técnicos agrícolas.

Los técnicos pueden formarse con igual derecho en escuelas independientes o en las universidades; ambas soluciones son perfectamente aceptables.

En Chile, la enseñanza de nivel intermedio prácticamente no existe, y ello compromete más aun la falta de profesionales de alto nivel, las posibilidades de nuestra industrialización y de nuestro desarrollo.

En cuanto a la enseñanza superior, también tiene defectos que deberían ser corregidos. Desde luego, no hay relación formal entre la secundaria y la superior. Enseguida, cada universidad actúa libremente, no hay concierto entre ellas, de donde resulta duplicación, incoordinación y otros males.

La enseñanza universitaria es, por lo general, demasiado larga y recargada, y los métodos docentes anticuados. La organización misma de la universidad es demasiado tradicional e inoperante. Tampoco hay suficientes universidades ni todas las que existen aprovechan todas sus posibilidades y recursos.

Es realmente alarmante, que un país que desea industrializarse, que desea que sus habitantes prosperen, sean felices y contribuyan a la grandeza de su patria, haga programas, trace planes, adquiera maquinarias, instale industrias y haga todo este esfuerzo que en Chile se está haciendo, sin haber preparado simultáneamente al hombre que tiene que investigar, dirigir y realizar este proceso.

¿ Se prepara a los ciudadanos ?

¿ Se prepara a los obreros ?

¿ Se prepara a los maestros ?

¿ Se prepara a los técnicos de nivel intermedio ?

¿ Se prepara a los investigadores y planificadores ?

¿ Se prepara a los profesionales e Ingenieros ?

¿ Se prepara, siquiera, a los agricultores (no a los ingenieros agrónomos) que mejoren la producción de nuestros campos para alimentar a nuestra población industrializada; a las enfermeras y médicos para cuidar su salud; a los funcionarios para llenar nuestros cuadros burocráticos ?

Pero hay todavía otros aspectos que son alarmantes y vale la pena señalar:

En 1962 la matrícula de nuestros establecimientos de educación primaria fue de 1.123.044 niños, hoy es cerca de 1.400.000.-

En 1960, la matrícula de nuestra enseñanza secundaria fue de 220.000 alumnos, hoy es de más de 250.000.-

En 1962 la enseñanza normal, vocacional y profesional, tuvo una matrícula de 60.830 alumnos, hoy es del orden de los 80.000.

Finalmente, la matrícula universitaria ha subido de 22.000 que era en 1962 a 26.000 que es en números redondos, en 1964, a pesar de que todas las escuelas universitarias tienen matrícula limitada.

Estos aumentos son todos superiores, con mucho, al 2,5%

que crece anualmente nuestra población y se producen también, pese a la falta de establecimientos educacionales, la cabida limitada de los existentes, la pobreza y la ignorancia.

En 1962, Chile tuvo un 20% de su población estudiando. Hoy esta proporción camina hacia el 25%. En 1970, es decir, en seis años más, la población escolar (5 a 15 años) del país, que hoy es de 2.000.000 de alumnos, será, si crece con el ritmo actual, que todavía es lento, de 2.300.000, pero todo hace suponer que será superior a los 2.500.000.

Chile necesita, entonces, construir en 6 años escuelas primarias para 500.000 niños. Escuelas secundarias y especiales para 30.000 y universidades para 20.000 jóvenes más.

¿ Estamos preparados para tan enorme y urgente tarea ?
¿ Estamos siquiera preparándonos para esta marea educacional que si no encuentra cauces apropiados va a arrasar con todo ? ¿ Sabemos aprovechar este extraordinario síntoma de madurez y vitalidad que nos da nuestro pueblo al interesarse en forma tan activa y elocuente por educarse ?

Construir las escuelas, los edificios, con ser cosa seria para nuestra economía, no es un problema insoluble, pero formar los 2.500 nuevos profesores que se necesitarán en 1970, sí que lo es, porque nuestro ritmo actual de producción no es superior a 400 por año.

Pero hay otros aspectos, también dignos de mención.

En Chile hay 4.800 médicos, es decir, uno por cada 1.800 habitantes. Se necesitarían 8.000 para atender la población actual. Se necesitarán 10.000 para atender la que tendremos en 1970. Las escuelas de medicina producen unos 220; es decir, necesitaríamos 25 años para producir los que necesitamos tener en 6 años más.

El país tiene 600 ingenieros agrónomos y poquísimos técnicos agrícolas o agricultores entrenados. Los planes de desarrollo y la reforma agraria hacen necesario aumentar en 4 veces el número de ingenieros agrónomos y en 400 veces el de técnicos agrícolas o agricultores entrenados. Las escuelas de agronomía no producen hoy más de 100 agrónomos anuales. No hay, prácticamente, producción de técnicos agrícolas ni escuelas en donde un hombre pueda aprender agricultura

para trabajar científicamente su tierra.

Un país que se industrializa necesita Ingenieros y técnicos, amén de muchísimos otros especialistas y científicos. Chile no produce más de 250 Ingenieros de todas clases por año, necesitando producir 500, y sólo un puñado de técnicos, necesitando producir 2 o 3 mil.

¿ De donde vamos a sacar los 4.500 ingenieros que necesitaremos en 1970 ?

Hay en el país un déficit de 15.000 enfermeras. Las escuelas existentes producen 90 anualmente, es decir, necesitaríamos unos 18 años, al ritmo actual, para llenar el déficit, suponiendo que ninguna de las 1.600 existentes se retirara o falleciera y la población no aumentara.

La industria pesquera ofrece al país enormes perspectivas. ¿ En dónde se preparan los pescadores, los patrones de barcos, los técnicos, los obreros que se necesitarán para desarrollar esa industria y para construir los barcos y las redes y los implementos necesarios, o para fabricar las conservas ?

¿ Estaríamos en el estado de subdesarrollo y dependiendo de asesores, expertos, técnicos y otros extranjeros si oportunamente, previsoriamente nuestros gobernantes hubieran dado importancia preferente a la educación, para que formara o preparara hombres con mentalidad creadora, iniciativa, imaginación y conocimientos, y no la hubieran dejado transcurrir descuidadamente por cauces tradicionales, desoyendo la inquietud, generalmente mal expresada, de la juventud y dando la espalda a una realidad que se veía venir ?

No pretendo, por cierto, decir que todo ha estado malo y que no se han hecho esfuerzos. Todos los gobiernos han hecho algo por la educación; algunos, como el actual, han hecho más que otros; pero, ¡Ay! muy poco y muy tarde, tan tarde que uno se pregunta si tendremos tiempo de hacer algo realmente efectivo antes que el momento haya pasado.

¿ Soluciones ? . Hay muchas y son bien conocidas. Es cuestión de mirar a nuestro alrededor y elegir o adaptar o, ser original, inventar. Personalmente no me pelearía con nadie por una receta determinada, a condición de que fuera coherente y tuviera todos los elemen

tos que se necesitan para una acción eficaz dentro de los planes que nos apremian. Pero no me voy a referir a ellas; debo decir, sólo, que exigen capacidad, interés, energía, imaginación, tremendo esfuerzo colectivo y patriotismo.

Todos vivimos día a día el drama de nuestra insuficiencia educacional, pero todos no nos damos cuenta que es un problema grave y urgente; ni siquiera los propios educadores, que sólo lo ven en términos de aumentos de sueldos y disminución de horas de trabajo, pero no de cambio de una organización y una rutina que nos está llevando a ninguna parte.

Al exponer ante Uds. esta tarde estos hechos, mis temores y las zozobras con que veo la lentitud y la timidez de las soluciones, no me guía un deseo morboso de criticar y encontrar todo malo, ni un vistoso alarmismo, ni un pesimismo decrepito, sino el deseo de sacudir sus mentes y de avivar sus voluntades para colocar el problema en su primerísima importancia y crear la presión necesaria para decidir con imaginación y dinamismo, su solución. De ello depende, me parece, tanto la tranquilidad social del país y el porvenir de la nación, como el futuro de nuestros hijos, no del suyo ni del mío, sino de nuestros hijos, de los hijos de nosotros, los chilenos.